

agradado; pero en todas aquellas intrigas la cabeza había ocupado el lugar del corazón. Al fin encontraba ella el deseado amor; el hombre joven y sincero; el cariño tierno y profundo tantas veces ambicionado y siempre desconocido. ¡Y aquél amor se lo disputaba otra mujer! ¡Peor para ella! No sabía con qué pasión implacable tenía que luchar. No sabía que era funestísimo tener á Ana de Etampes por rival, y que ésta quería á Ascanio para ella sola, siendo tal su influencia, que con una mirada, con una palabra, con un gesto podía destruir cuanto se interpusiera entre los dos. La suerte estaba echada: la ambición, la belleza de la amante del rey no iban á ser útiles más que á su amor hacia Ascanio y á su odio á Colomba.

¡Pobre Colomba, que en aquel momento estaría inclinada sobre su bordado, sentada á su mesa ó arrodillada en su reclinatorio!

Ascanio, ante un amor tan franco y tan temible se sentía enloquecido, arrastrado, fascinado á un tiempo. Benvenuto se lo había dicho y él lo comprendía ahora; no se trataba de un capricho, pero le faltaban las fuerzas necesarias para la lucha y la experiencia para engañar y vencer. Apenas tenía veinte años, y era demasiado cándido para fingir; creyó que evocando el recuerdo de Colomba, el nombre de la joven le serviría de arma ofensiva y defensiva: una espada y un escudo; y por lo contrario iba á hundir más el puñal en el corazón de Ana, que tal vez se hubiera cansado pronto de un amor sin rivalidad y sin lucha.

—¡Vamos, Ascanio!—continuó la duquesa con más tranquilidad, al ver que el joven se callaba asustado tal vez por las palabras que le había dicho antes—. Olvidemos por hoy mi amor, que os ha sido revelado inoportunamente por una frase dicha á destiempo. Pensemos sólo en vos. Os amo más por vos que por mí; lo juro. Quiero iluminar vuestra vida como vos habéis iluminado la mía. Sois huérfano; aceptadme por madre. Habéis oído lo que dije á Montbrión y á Medinasidonia y habéis podido creer que soy muy ambiciosa. Es verdad; lo soy, pero sólo para vos. ¿Desde cuándo pienso en constituir para un hijo de Francia un ducado en el corazón de Italia? Desde que os conozco, desde que os amo. Si llevo á ser reina allí, vos seréis el verdadero rey. Por vos me siento capaz de cambiar de sitio, imperio y reino. ¡No me conocéis! Ascanio; no sabéis qué clase de mujer soy! Os digo la verdad pura, os revelo mis proyectos. Hacedme en cambio vuestras confidencias, y las realizaré.

—Señora, voy á ser tan franco y tan leal como vos. No deseo nada, no quiero nada, no ambiciono nada más que el amor de Colomba.

—¡Pero si ella no te ama! Tú mismo me lo has dicho.

—El otro día no tenía esperanzas de ser amado. Pero hoy... ¿quién sabe? También vos me amáis ahora.

La duquesa se quedó aterrada al oír esta gran verdad, que el instinto de la pasión había hecho adivinar al enamorado joven. Hubo un momento de silencio, y aunque fué muy breve, la bastó para reponerse.

—Ascanio—dijo—, no hablemos hoy de asuntos del corazón; ya te lo he suplicado y te lo suplico nue-

vamente. El amor no lo es todo en la vida para vosotros los hombres. ¿No has deseado nunca los honores, la riqueza, la gloria?

—¡Oh, sí! Desde hace un mes los deseo con toda mi alma—contestó el joven, arrastrado, á su pesar, hacia un pensamiento constante.

Hubo otra pausa.

—¿Te gusta Italia?—preguntó Ana.

—Sí, señora; allí hay naranjos en flor, bajo los cuales es una delicia hablar con el ser amado. Allí el cielo azul rodea, acaricia y adorna las bellezas de un modo prodigioso.

—¡Oh! ¡Llévate allí para mí sola! ¡Serlo todo para ti como tú lo serías todo para mí! ¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la duquesa, volviendo, sin darse cuenta, á hablar de su amor—. Pero en seguida, temerosa de asustar otra vez á Ascanio, se contuvo y le dijo:—Yo creía que ante todo amabas el arte.

—Ante todo, amo el amor. No soy yo; es mi maestro Cellini el que transmite á sus creaciones toda su alma. El artista grande, sublime, es él. Yo soy un pobre aprendiz, y nada más. Le he seguido á Francia, no para ganar riquezas, no para adquirir gloria, sino porque le quería y me era imposible separarme de él, que en aquella época lo era todo para mí. Yo no tengo voluntad, ni independencia; me he hecho orfebre por complacerle, porque él lo deseaba, como me he hecho cincelador porque él es entusiasta de los cincelados finos y artísticos.

—Pues bien; oye: vivir en Italia, omnipotente, casi rey; proteger á los artistas, en primer lugar á Benvenuto; darle bronce, plata, oro, para que funde obras de arte; amar y ser amado apasionadamente, ¿no es un hermoso sueño?

—Eso sería el Paraíso, siendo Colomba quien me amara.

—¡Otra vez Colomba, y siempre Colomba! Sea, pues; ya que este asunto reaparece obstinadamente en nuestra conversación; ya que esa mujer se interpone entre nosotros, dominando tu corazón, hablemos de ella y de mí francamente, sin hipocresía. Ella no te ama; tú mismo lo has dicho; lo sabes á ciencia cierta.

—Ya no lo sé, señora.

—¡Pero si va á casarse con otro!

—La obliga su padre, tal vez.

—¡La obliga su padre! ¡Y tú crees que si me amaras como la amas á ella habría en el mundo poder capaz de separarnos? Yo lo abandonaría todo; huiría de todo; te daría á guardar mi amor, mi honor, mi vida. No; yo te aseguro que ella no te quiere, y aún te diré más: te aseguro que tú no la quieres á ella.

—¡Yo! ¡Que yo no amo á Colomba! ¡Habéis dicho que yo no amo á Colomba!

—No; no la quieres. Te engañas á ti mismo. A tu edad se confunde el amor con la necesidad de amar. Si me hubieses visto á mí antes, me amarías á mí y no á ella. ¡Cuando pienso en esto, cuando pienso que podías haberme amado! Pero no, no; vale más que me prefieras. No conozco á esa Colomba; será hermosa, pura, todo lo que tú quieras; pero esas muchachas no saben amar. No te diría Colomba lo que yo acabo de decirte, aunque tú me desearas; ella tendría demasiada vanidad, demasiada vergüenza. Mi

amor es sincero y habla sinceramente. Me desprecias; crees que olvido mi papel de mujer, y todo eso porque no disimulo. Algún día, cuando conozcas mejor el mundo; cuando hayas sufrido la vida hasta el dolor, reconocerás tu injusticia y me admirarás. Pero yo no quiero ser admirada; quiero ser amada, Ascanio. Te lo repito: si te amase menos podría ser falsa, hábil, coqueta; pero te quiero demasiado para intentar seducirte. Quiero que me des tu corazón; no quiero robártelo. ¿Qué puedes esperar de tu amor hacia esa muchacha? Contesta. Padecerás, amado mío, y eso será todo. Yo puedo servirte de mucho. He sufrido ya por los dos, y Dios tomará en cuenta mi exceso de sufrimiento. Además, pongo á tus pies mis riquezas, mi poder, mi experiencia. Uniré mi vida á la tuya; te ahorraré todo género de errores y de corrupciones. Para alcanzar la gloria, los artistas tienen á veces que ser bajos, rastroeros, viles. Tú no tendrás que temer ninguna de estas humillaciones; yo te elevaré sin cesar; seré tu escabel, y gracias á mí serás siempre el noble, el puro Ascanio.

—¿Y Colomba, señora? ¿No es ella también una perla inmaculada?

—Hijo mío, créeme—dijo la duquesa, pasando de la exaltación á la melancolía—. Tu cándida, tu inocente Colomba hará tu existencia árida y monótona. Sois los dos demasiado divinos, y Dios no ha creado los ángeles para unirlos unos con otros, sino para convertir á los malos en buenos.

La duquesa dijo estas frases de un modo tan elocuente, con una expresión tal de sinceridad, que Ascanio se sintió dominado por un sentimiento de piadosa ternura.

—¡Ay, señora! Bien veo que me amáis, y esto me conmueve. Pero mejor que conmoverse es amar.

—¡Qué cierto es lo que dices! Yo prefiero tus desdenes á las palabras cariñosas del rey. Yo te amo, y este amor es el primero de mi vida. ¡Te lo juro!

—¿Pero y el rey? ¿No amáis al rey, señora?

—¡Dios mío!—exclamó Ana—. ¿Seré tan dichosa que sientas celos del rey?—Y cogió entre sus manos las del joven—. Oye. Hasta ahora he sido para ti la duquesa rica, noble y poderosa que te ofrecía remover coronas y derribar tronos. ¿Prefieres la mujer humilde, sencilla, solitaria, alejada del mundo, sin más adornos que un vestido blanco y una florecilla del campo en los cabellos? ¿Lo prefieres? Pues salgamos de París; huyamos de la corte; refugiémonos en un rincón de tu amada Italia, bajo los altos pinos de Roma, cerca del hermoso golfo napolitano... Estoy dispuesta. ¡Ascanio, Ascanio! ¿Acaso satisface realmente tu orgullo que te sacrifique un amante regio?

—Señora—contestó el joven, sintiendo que se debilitaba su energía, á su pesar, ante un amor tan extraordinario—, soy muy orgulloso y muy exigente. No podéis darme vuestro pasado.

—¡El pasado! Así sois vosotros los hombres, siempre crueles. ¡Asasó debe una mujer responder de su pasado, cuando son los acontecimientos, mil veces más fuertes que su voluntad, los que lo constituyen? Imaginate que te arrebatara una tempestad y te lleva hacia Italia; al regresar al cabo de un año, de dos años, de tres años, ¿reprocharás á tu Colomba, á quien tanto amas hoy, que haya obedecido á sus pa-

dres y se haya casado con el conde de Orbec? ¿La echarás en cara su virtud? ¿La castigarás por haber obedecido uno de los mandamientos de Dios? Y si no existe en ella tu recuerdo, suponiendo que no te haya conocido; si cansada de sus contrariedades, aniquilada por sus duelos, olvidada un instante de Dios, ha deseado saber algo de ese paraíso cuya puerta le ha sido cerrada y que se llama el amor; si ha amado á otro hombre que no sea su marido, á quien ella no puede amar; si en un momento de delirio ha dado su alma á otra alma, ¿dirás que es una mujer



Ascanio se sintió dominado por un sentimiento de piadosa ternura.

perdida para ti, deshonorada para tu corazón, porque no pueda darte á cambio de él su pasado? ¡Qué injusticia sería! ¡Qué crueldad!

—¡Señora...!

—¿Quién te dice que no es esa mi propia historia? Escucha, pues, lo que te digo, y cree lo que te aseguro. Repito que he sufrido por dos. ¡Y á esta mujer, á quien Dios perdona porque ha sufrido, no has de perdonarla tú? ¿No comprendes que es más grande, más hermoso salir del abismo cuando se ha caído en él, que pasar á su lado sin verlo, con la venda de la felicidad en los ojos? ¡Oh, Ascanio, Ascanio! ¡Te había creído mejor que los demás, porque eres más joven y más hermoso...!

—Señora...

—Tiéndeme la mano y yo me elevaré desde el fondo del abismo hasta la altura de tu corazón. ¿Quieres? Mañana mismo romperé mis relaciones con el rey, con la corte, con todo el mundo. Tratándose de tu amor soy muy decidida. Pero no quiero fingirme mejor de lo que soy. Te sacrificaré muy poca cosa, créeme. Todos esos hombres no valen una sola de tus miradas. Si me hicieras caso, querido Ascanio, me permitirías conservar mi autoridad y continuar realizando mis proyectos por ti y para ti. Te haría grande; los hombres sois ambicio-

sos, más pronto ó más tarde, pero lo sois. En cuanto al amor del rey no te preocupes, yo le encaminaré hacia otra mujer á quien entregará su corazón en tanto que yo conservaré su voluntad. Escoge; poderoso por mí y conmigo, ó yo humilde contigo y para tí. Mira; hace poco, ya lo viste, ocupaba yo ese sitio y los magnates más poderosos de la corte estaban á mis pies; siéntate tú ahora en mi sitio y yo me pondré á tus plantas... ¡Qué bien estás así, Ascanio! ¡Qué feliz soy mirándote! ¡Si quisieras decirme que me querrás algún día, aunque haya de pasar mucho tiempo antes!

—¡Señora, señora!—exclamó Ascanio ocultando la cara entre ambas manos y tapándose á un tiempo los ojos y los oídos, para evitar la fascinación de aquella sirena.

—No me lames señora; no me lames Ana tampoco—dijo la duquesa apartando las manos del joven.— Lláname Luisa, que es también mi nombre, aunque nadie me llame por él. Será mi nombre para tí solo, ¡Luisa! ¿No te parece bonito?

—Sé uno que es más bonito aún.

—¡Cuidado, Ascanio—rugió la leona herida—; si me haces sufrir de ese modo, tal vez llegue á odiarte tanto como te amo!

—¡Dios mío, señora!—exclamó él sacudiendo la cabeza como para huir á la fascinación—. Vos sois quien me enloquece y perturba mi alma. ¿Estoy delirando? ¿Tengo fiebre? ¿Padezco una pesadilla? Perdonadme si os hablo con dureza; es para despertaros á mí mismo. Os veo á mis pies, á vos, bella, adorada, reina... No es posible que existan semejantes tentaciones si no es para perder las almas. Sí, vos lo habéis dicho: estáis en el fondo de un abismo, pero en vez de salir de él, me atraéis para hundirme con vos. No pongáis á prueba mi debilidad.

—No hay tal prueba, ni tal tentación, ni tal pesadilla. No hay para nosotros dos más que una esplendente realidad: ¡Te amo, Ascanio, te amo!

—Es posible que me améis, pero andando el tiempo os arrepentiréis de ese amor, y me reprocharéis lo que hubierais hecho por mí y lo que yo hubiera podido destruir en vuestra vida.

—No me conoces si me juzgas capaz de arrepentirme. Verás; ¿quieres una garantía?

Sin darle tiempo á contestar, Ana fué á sentarse ante una mesa en que había recado de escribir y trazó rápidamente algunas palabras.

—Toma—le dijo al levantarse, entregándole un plieguecillo—. Toma y duda todavía, si te atreves. Ascanio cogió el papel y leyó:

«Ascanio, te amo; sígueme adonde voy, ó déjame que vaya contigo adonde quieras.

»ANA DE HEILLY.»

—¡Esto no puede ser, señora! ¡Mi amor sería una vergüenza para vos!

—¡Una vergüenza! ¡Soy demasiado orgullosa para avergonzarme! Mi orgullo es mi virtud.

—Conozco otra mejor y más santa—dijo Ascanio aferrándose al recuerdo de Colomba merced á un esfuerzo desesperado.

La frase hirió en el corazón á la duquesa, que se puso en pie temblorosa é indignada.

—¡Sois un chiquillo testarudo y cruel, Ascanio!—

dijo con voz entrecortada—. Quería evitaros muchos sufrimientos, pero ya veo que solo el dolor puede enseñaros la vida. Volveréis á mí, Ascanio; volveréis herido, sangrando, y entonces sabréis lo que vale vuestra Colomba y lo que yo valía. Os perdonaré, porque os amo, pero de aquí á entonces pasarán cosas muy terribles. ¡Adiós!

Y la duquesa de Etampes salió furiosa de odio y de amor, olvidando que dejaba en manos de Ascanio las dos comprometedoras líneas que había escrito en un momento de delirio.

XVIII

AMOR DE ENSUEÑO

Apenas dejó Ascanio de estar en presencia de la duquesa de Etampes, se disipó la prestigiosa influencia que sobre él ejercía aquella mujer, y pudo ver claro en la realidad. Sobre todo recordó dos cosas que él mismo había dicho: Colomba podía amarle, puesto que la duquesa le amaba. Ya no le pertenecía su vida: su instinto le había servido bien al inspirarle aquella idea, pero al ponerle en condiciones de expresarla le había perjudicado. Si el alma recta y honrada del joven hubiese podido disimular, todo se habría salvado, pero lejos de esto había puesto en guardia á la formidable duquesa, y ahora comenzaba una guerra tanto más terrible, cuanto que sólo amenazaba á Colomba.

De todos modos, aquella escena ardiente y peligrosa con Ana sirvió de algo á Ascanio, pues le inspiró cierta exaltación y alguna confianza. Su imaginación, excitada tanto por aquel espectáculo á que acababa de asistir como por sus propios esfuerzos, estaba en plena fiebre de actividad y de audacia; tanto, que resolvió saber á qué atenerse respecto de sus esperanzas, y penetrar en el alma de Colomba aunque solo encontrase la indiferencia ella. Si Colomba amaba efectivamente al conde de Orbec, ¿para qué luchar con la duquesa de Etampes? Esta podría hacer lo que quisiera con aquella existencia rebelde y desolada. Sería ambicioso, malvado, ¿qué importaba? Pero ante todo era preciso salir de dudas.

Tomó esta resolución cuando regresaba, al pasar á lo largo del muelle, mirando al sol poniente, que refulgía detrás de la torre de Nesle. Apenas llegó al palacio fué á buscar algunas alhajas y acudió á la puerta del palacete, en la cual llamó dando los cuatro golpes convenidos. Por fortuna estaba cerca la señora Perrine, y asombrada y curiosa acudió á abrir, pero al ver al joven creyó que debía recibirle con frialdad y le dijo:

—¿Sois vos, señor Ascanio? ¿Qué deseáis?

—Deseo enseñar en seguida estas joyas á la señorita Colomba. ¿Está en el jardín?

—Sí; en el sitio de costumbre. Pero, esperadme, Ascanio.

Este, que no había olvidado el camino, echó á andar rápidamente, sin pensar ya en la dueña, la cual se detuvo y reflexionó:

—Me parece que lo mejor es no acercarme y dejar á Colomba en libertad de escoger sus compras y sus



—Toma—dijo—, y duda todavía si te atreves.

regalos. No parecería bien que estuviese yo presente si, como es de suponer, elige un regalito para mí. Me acercaré cuando ella haya escogido, porque así no estará bien que yo rehuse el obsequio.

Según se ve, la buena mujer era práctica en delicadezas.

Desde hacía diez días, ya no se preguntaba Colomba á sí misma si Ascanio era su más caro pensamiento. La pobre é ignorante muchacha desconocía lo que era el amor, pero el amor llenaba todo su corazón. Comprendía que no estaba bien complacerse en sus ensueños, pero se excusaba á sí misma diciéndole que seguramente no volvería á ver á Ascanio, y por tanto, no podría justificarse para con él.

Aferrada á esta idea pasaba las tardes enteras en el banco donde le había visto sentado á su lado, y allí le hablaba, le oía, concentraba el alma toda en sus recuerdos, y cuando las sombras del crepúsculo se hacían más densas y la voz de la señora Perrine la recordaba que debía retirarse, la linda soñadora volvía lentamente al palacete, recordando entonces, pero sólo entonces las órdenes de su padre, al conde de Orbec y el tiempo que pasaba. Sus insomnios eran crueles, aunque no tanto que borrarán el encanto de sus ilusiones de por la tarde. Aquel día, como de costumbre, Colomba estaba reviviendo la deliciosa hora que pasó al lado de Ascanio, cuando levantó los ojos y dió un grito. Allí, ante ella, estaba el joven contemplándola en silencio. La encontraba cambiada, pero más hermosa; la palidez y la melancolía añadían un encanto más á su rostro ideal, y Ascanio, al verla más encantadora que nunca, volvió á sufrir las preocupaciones que el amor de la duquesa de Etampes había disipado momentáneamente. ¿Cómo era posible que le amara aquella criatura celestial?

Aquellos dos admirables niños que hacía tanto tiempo se amaban sin decírselo, y que se habían hecho sufrir tanto uno á otro, estaban frente á frente. Al verse juntos debían franquear en un instante el espacio que habían recorrido separadamente, paso á paso, en sus ensueños. Podían explicarse, en primer término, y luego dejar estallar en una explosión de alegría los sentimientos que habían ocultado tan trabajosamente hasta entonces. Pero ambos eran demasiado tímidos para esto, y aunque su emoción al volver á verse les hiciera traición, sus almas angelicales necesitaron dar un rodeo para reunirse.

Colomba, muda y ruborizada, se puso en pie con un movimiento repentino. Ascanio, pálido de puro emocionado, contenía con una mano los latidos de su corazón.

Los dos rompieron el silencio á un tiempo, para decir él:—Perdonad, señorita; me habéis permitido que os enseñe algunas joyas—mientras ella decía:—Veo con alegría que estáis enteramente restablecido, señor Ascanio.

Calláronse también á un tiempo, y aunque sus voces se habían confundido, entendiéronse perfectamente uno á otro.

Ascanio, enardecido por la involuntaria sonrisa que el incidente había hecho asomar á los labios de Colomba, contestó ya más tranquilo:

—¿Sois tan bondadosa que os acordáis todavía de que he estado herido?

—Y nos extrañaba y nos intranquilizaba no haber vuelto á veros.

—Es que yo no quería volver.

—¿Por qué?

En aquel momento decisivo, Ascanio tuvo que apoyarse en un árbol; luego, reuniendo todas sus fuerzas y todo su valor, dijo con voz anhelante:

—Ya puedo confesarlo: porque os amaba.

—¿Y ahora no?

Colomba no pudo evitar que se le escapara esta exclamación, con la cual hubiesen quedado disipadas todas las dudas de otro hombre más hábil que Ascanio, pero que sólo sirvieron para reanimar algo las esperanzas de éste.

—Ahora—dijo—he medido la distancia que nos separa, y sé que sois la prometida feliz de un conde.

—¿Feliz?—interrumpió Colomba sonriéndose amargamente.

—¿Qué oigo, Dios mío! ¿No amáis al conde? ¿No es digno de vos?

—Es rico, es poderoso, está en posición mucho más elevada que yo, pero... ¿le conocéis? ¿le habéis visto?

—No; no me he atrevido siquiera á pedir noticias de él. Ignoro por qué tenía la certidumbre de que era joven y guapo y de que os agradaba.

—Es más viejo que mi padre y me da miedo—dijo Colomba ocultando la cara entre las manos con un gesto de repulsión que no pudo dominar.

Ascanio, ebrio de alegría, cayó de hinojos, con las manos juntas, pálido y con los ojos medio cerrados, pero brillando entre sus párpados una mirada sublime, é iluminando su rostro una sonrisa de felicidad.

—¿Qué tenéis, Ascanio?

—¿Que qué tengo?—exclamó él encontrando en el exceso de su alegría la audacia que le había inspirado antes el dolor—. ¡Tengo que te amo, Colomba!

—¿Ascanio, Ascanio!—murmuró ella con expresión de reproche y de placer, tierna como una confesión.

Pero ambos se habían comprendido, sus corazones se fundían uno en otro, y antes de que se dieran cuenta de lo que hacían, se confundieron sus labios en un beso.

—¿Amigo mío!—dijo Colomba, separando suavemente á Ascanio.

Se miraron como en éxtasis; los dos ángeles se reconocían. No hay en la vida dos momentos como aquél.

—Pues si no amáis al conde de Orbec—dijo Ascanio—, podéis amarme á mí.

—Amigo mío—contestó Colomba con su dulcísima voz—, hasta hoy sólo mi padre me había besado en la frente, y aun esto muy raras veces. Soy una mujer ignorante de la vida, pero en el estremecimiento que vuestro beso me ha producido he visto que mi deber es perteneceros ó pertenecer al cielo, y que si ocurriera otra cosa sería un crimen... Vuestros labios me han consagrado prometida vuestra, esposa vuestra, y aunque mi mismo padre me dijera: «No», yo sólo oiría la voz de Dios, que me

dice: «Sí. He aquí mi mano, que desde hoy os pertenece».

—¡Ángeles del paraíso!—exclamó Ascanio—. ¡Oídla y envidiadme!

El éxtasis no puede ser pintado ni descrito; que los que puedan recordarlo lo recuerden. Es imposible reproducir las palabras, las miradas, los apretos de manos de aquellos dos puros y hermosos jóvenes. Sus candidas almas se confundían del mismo modo que se confunden dos lípidos manantiales: sin cambiar de color ni de naturaleza. Colomba se apoyaba confiadamente en un hombro de su prometido. La Virgen María pudo mirarlos desde lo alto sin volver la cara.

Cuando se empieza á amar, se siente impaciencia de fundir en el amor todo lo que se puede de la vida: presente, pasado, porvenir. Apenas pudieron hablar, Ascanio y Colomba, se contaron todos los detalles, todas las esperanzas de los últimos días. Aunque habían sufrido mucho al recordarlo sonreían ambos. Pero cuando llegaron á hablar de lo porvenir se pusieron serios y tristes. ¿Qué les reservaba Dios para el día de mañana?

Según las leyes divinas habían nacido uno para otro, pero las conveniencias humanas consideraban su unión desigual, monstruosa. ¿Qué hacer? ¿Cómo persuadir al conde de Orbec de que debía renunciar á su prometida, y al preboste de París de que debía dar á un artesano la mano de su hija?

—¡Ay, amigo mío!—dijo Colomba—. Os he prometido que no perteneceré sino al cielo ó á vos, y veo que tendré que pertenecer al cielo.

—No, á mí. Dos criaturas como nosotros no podrían por sí solas mover el mundo; pero yo hablaré á mi querido maestro, á Benvenuto Cellini. El sí que es poderoso; él sí que lo dispone todo en la tierra como Dios debe disponerlo en el cielo, y todo lo que su voluntad decide se realiza. No sé lo que hará, pero estoy seguro del éxito. Le agrada encontrar obstáculos. Hablará á Francisco I; convencerá á tu padre. Lo único que él no hubiera podido hacer, tú lo has hecho: tú me has amado. Lo demás debe de ser muy sencillo. Ahora, amada mía, creo en los milagros.

—Querido Ascanio, puesto que tenéis esperanza, yo también la tengo. ¿Queréis que por mi parte intente algo? Existe una persona que lo puede todo en el ánimo de mi padre. Es la duquesa de Etampes. ¿Queréis que la escriba?

—¿La duquesa de Etampes? ¡Dios mío! ¡Ya me había olvidado de ella!

Y Ascanio, sencillamente, sin fatuidad, refirió á Colomba cómo había visto á la duquesa, cómo le había amado ella, y cómo aquel mismo día, una hora antes, se había declarado enemiga mortal de su amada... ¿Qué importaba! La gestión de Benvenuto sería un poco más difícil, y nada más.

—Amigo mío—dijo Colomba—, tenéis fe en vuestro maestro y yo la tengo en vos. Hablad á Cellini cuanto antes, y que él disponga de nuestra suerte.

—Mañana mismo se lo diré todo. Me quiere tanto, que me comprenderá en seguida. ¿Pero qué tienes, Colomba? ¿Qué triste estás!

Cada frase del relato de Ascanio había hecho sen-

tir á Colomba más cada vez la intensidad de su amor, haciéndola conocer los celos, y en más de una ocasión estrechó ella convulsivamente la mano de su enamorado, que tenía entre las suyas.

—La duquesa de Etampes es muy bella; es amada de un gran rey. ¿No habrá dejado alguna impresión en vuestro ánimo?

—Te amo á tí sola.

—Esperadme aquí un momento.

Levantóse Colomba, se alejó unos pasos y volvió á poco trayendo en la mano un hermoso lirio blanco.

—Oye, amado mío; cuando trabajes en el lirio de oro de esa mujer, mira de cuando en cuando los lirios del jardín de tu Colomba.

Y con tanta coquetería como hubiera podido hacerlo la propia duquesa, besó la flor y se la dió á Ascanio.

En aquel momento apareció la señora Perrine por el extremo de la avenida.

—¡Adiós, hasta la vista!—dijo Colomba precipitadamente colocando una mano en los labios de su amante con un gesto furtivo y lleno de gracia.

La dueña se acercó al grupo.

—¿Y qué?—dijo á Colomba—. ¿Habéis regañado ya á este ingrato? ¿Habéis escogido bonitas joyas?

—Tomad, señora Perrine—interrumpió Ascanio—, poniendo en manos de la buena mujer la caja de joyas que había llevado y que ni siquiera había abierto—; la señorita Colomba y yo hemos convenido en que vos escogeréis lo que más os convenga y yo volveré mañana á recoger lo demás.

Dicho esto se fué, ebrio de alegría y dirigiendo á Colomba una mirada en que expresaba cuanto quería decirle.

Ella, por su parte, con las manos cruzadas sobre el pecho, como para encerrar en él toda la felicidad que contenía, permaneció inmóvil mientras la dueña elegía entre las maravillas que Ascanio había llevado.

La pobre niña fué terriblemente despertada de su ensueño.

Se presentó una mujer acompañada de dos criados del preboste, y dijo:

—Monseñor el conde de Orbec, que regresará pasado mañana, me pone desde hoy á vuestro servicio. Estoy al corriente de la más nuevo y lo más lindo que se hace en vestidos de señora, y he recibido orden del señor conde y del señor preboste de hacerlos uno magnífico de brocado, pues la duquesa de Etampes ha de presentaros á la reina el día que su majestad salga para San Germán, es decir, dentro de cuatro días.

Puede calcularse la desesperante impresión que esta noticia produjo á Colomba, sobre todo si se tiene en cuenta que la recibía inmediatamente después de la tierna escena que acabamos de narrar.

XIX

AMOR IDEAL

El día siguiente, á poco de salir el sol, Ascanio, decidido á poner su suerte en manos de su maestro,

se encaminó á la fundición donde Cellini trabajaba todas las mañanas; pero en el momento en que iba á llamar á la puerta del cuartito que Benvenuto llamaba «su celda», oyó la voz de Scozzone; supuso que estaría sirviendo de modelo á Cellini y se retiró discretamente para volver poco después. Para hacer tiempo se paseó por el jardín del palacio pensando en lo que diría á su maestro y en lo que le contestaría éste probablemente.

Scozzone no estaba sirviendo de modelo, ni mucho menos. Ni siquiera había puesto los pies hasta aquel día en la celda, en donde, con gran desesperación de su curiosidad, no permitía Cellini que le interrumpiese nadie. La cólera del maestro fué terrible cuando, al volver la cara una vez, vió á sus espaldas á Catalina, con sus ojos vivarachos más abiertos que nunca. La curiosidad de la indiscreta no tuvo gran cosa en qué satisfacerse, pues en la celda sólo había algunos dibujos colgados de las paredes, una cortina verde en la ventana, una estatua de Hebe comenzada y una colección de útiles de escultor.

—¿Qué se te ofrece, vibrilla? ¿A qué vienes? Eres capaz de seguirme hasta el mismo infierno!—¡exclamó Benvenuto.

—¡Ay, maestro!—contestó Scozzone dulcificando su voz cuanto le fué posible—os aseguro que no soy tal víbora, pero confieso que con tal de no separarme de vos, iría sin vacilar, como decís, al mismo infierno. He venido aquí porque éste es el único sitio donde se os puede hablar en secreto.

—Bien; despacha pronto. ¿Qué tienes que decirme?

—¡Oh, Dios mío! ¡Benvenuto!—dijo Scozzone al ver la estatua abocetada—. ¡Qué figura más admirable! ¡Es vuestra Hebe! No creí que estuviera tan adelantada. ¡Qué hermosa es!

—¿Verdad que sí?

—Sí, muy hermosa; y me explico que no hayáis querido utilizarme para modelo. ¿Pero quién os sirve?—continuó Scozzone intranquila—. Yo no he visto salir de aquí ninguna mujer.

—Calla, calla. No creo que hayas venido para hablarme de escultura solamente.

—No; tenéis razón. He venido para hablaros de Pagolo y para daros cuenta de que os he obedecido. El se aprovechó de vuestra ausencia para volver á requerirme de amores; y siguiendo vuestras instrucciones, le he dejado hablar.

—¡Vaya con el traidor! ¿Y qué te ha dicho?

—Ha sido cosa de morir de risa. No sé lo que hubiera dado porque hubiésteis estado presente. Para no dar que sospechar, el hipócrita estaba trabajando en el broche de oro que le encargásteis y accionaba con la lima en la mano en los períodos más patéticos de su discurso. —Querida Catalina—decía—, me muero de amor por vos. ¿Cuándo tendréis piedad de mi martirio? Una palabra; no os pido más que una palabra. Ya véis á lo que me expongo por vos: si no terminara este broche, el maestro sospecharía algo, y si sospechara me mataría de seguro; pero yo todo lo arriesgo por vuestro cariño... ¡Jesús, qué poco adelantada este trabajo! En fin, Catalina, ¿de qué os sirve amar á Cellini? El no os lo agradece siquiera; siempre está indiferente con vos. ¡Y yo os querría tanto! ¡Sería mi amor tan grande y tan prudente á un tiem-

po! Nadie lo notaría; nada os comprometería, y podríais estar segura de mi discreción—. Oid—añadió animado por mi silencio—. He encontrado un asilo seguro y absolutamente secreto, donde podríamos hablar sin temor... ¡Ah, Benvenuto! No sois capaz de adivinar el escondrijo que Pagolo había elegido; no hay como esos hombres que llevan siempre los ojos bajos, para descubrir semejantes rincones.

¿Sabéis dónde quería que ocultáramos nuestros amores? ¡En la cabeza de vuestra colosal estatua de Marte! —«Se puede subir—me dijo—, por medio de una escalera». Y me aseguró que allí dentro hay una habitación muy bonita en donde se puede estar oculto á todas las miradas, disfrutando al mismo tiempo de magníficas vistas al campo.

—La idea es ingeniosa, en efecto—dijo Benvenuto riéndose—. ¿Y qué le contestaste tú?

—Me eché á reír sin poderlo remediar y él se quedó cortado; pero luego tomó pie de mis carcajadas para decirme cosas conmovedoras, asegurando que no tengo corazón y que deseo su muerte; y todo esto lo decía esgriniendo el martillo y la lima... ¡Estaba graciosísimo!

—¿Y qué le respondiste?

—Cuando llamábais á la puerta y él acababa de dejar sobre la mesa el broche, terminado por fin, le cogí de la mano muy seria y le dije: «Habéis hablado como un libro». Y á esto se debió la expresión de tontería que le notásteis al entrar.

—Has hecho mal, Scozzone. No debes desanimarle.

—Me dijisteis que le escuchara, y le he escuchado. ¡Si creéis que es cosa tan fácil oír á un buen mozo tranquila cuando habla de amor!... ¡Sabe Dios lo que puede suceder!

—No sólo debes oírle; es necesario también que le contestes. Háblale primero sin cólera, luego con indulgencia, y luego complacida. Cuando hayas llegado á esta fase, yo te diré lo que tienes que hacer.

—No ignoraréis que eso es muy expuesto. Deberíais vos estar presente.

—No te apures; ya me presentaré en momento oportuno. Descansa en mí y sigue exactamente mis instrucciones. Y ahora, vete; necesito trabajar.

Salió Catalina saltando y riéndose por anticipado del bromazo que Benvenuto se proponía dar á Pagolo, y cuyo plan era absolutamente desconocido para ella. Benvenuto no se puso á trabajar, á pesar de lo que había dicho; corrió precipitadamente hacia la ventana que daba en línea oblicua al jardín del palacete, y permaneció allí como en contemplación. Un golpe que dieron á la puerta le sacó bruscamente de su ensimismamiento.

—¿Otra vez?—dijo furioso—. ¿Quién llama ahora? ¡No pueden dejarme en paz ni un momento!

—Perdonadme, maestro—dijo la voz de Ascanio—. Si os estorbo, me iré.

—¿Eres tú, hijo mío? No, no; tú no me estorbas nunca. ¿Qué ocurre? ¿qué quieres de mí?—Y diciendo esto, Benvenuto se apresuró á abrir la puerta.

—Vengo á perturbar vuestra soledad y vuestro trabajo...

—No, Ascanio, ya te he dicho que tú no me molestas nunca.

—Pero es porque tengo que confiaros un secreto y que pediros un favor.

—Habla. ¿Quieres mi bolsa? ¿mi brazo? ¿mi pensamiento?

—Puede que necesite todo eso, querido maestro.

—Lo celebro. Soy tuyo en cuerpo y alma. Además, yo también tengo que hacerte una confesión; sí, pues aunque no me creo culpable, siempre tendría remordimientos hasta que tú me absolvieras. Pero habla tú antes.

—Pues bien, maestro... Pero ¡gran Dios! ¿Qué boceto es ese?

Ascanio acababa de ver la estatua de Hebe, y en su boceto había reconocido la figura de Colomba.

—Es Hebe—dijo Benvenuto, cuyos ojos brillaron—. Es la diosa de la juventud. ¿Te parece hermosa?

—¡Admirable! Pero esos rasgos... ¡yo conozco esas facciones! ¡no es ilusión mía!

—¡Indiscreto! Puesto que has levantado á medias el velo, yo lo descorreré del todo. Tu confidencia será posterior á la mía. ¡Lo mismo es! Siéntate. Vas á leer en mi corazón como en un libro abierto. Me has dicho que me necesitas y yo también necesito que me oigas. Me bastará que lo sepas todo para que se me quite un gran peso de encima.

Ascanio se sentó, más pálido que el reo á quien le va á ser leída la sentencia de muerte.

—Eres florentino, Ascanio, y no necesito preguntarte si conoces la historia de Dante Alighieri. Este vió pasar un día por la calle á una joven que se llamaba Beatriz, y se enamoró de ella. Murió Beatriz, y siguió amándola, porque lo que amaba era su alma, y las almas no mueren; él ciñó á su sien una corona de estrellas y la colocó en el paraíso, hecho lo cual se dedicó á estudiar las pasiones, á sondear la poesía y la filosofía, y cuando purificado por el sufrimiento llegó á las puertas del cielo, donde Virgilio, es decir, la prudencia, debía abandonarle, no se detuvo por carecer de guía, puesto que en el mismo umbral volvió á encontrar á Beatriz, es decir, al amor, que le esperaba. También yo he tenido mi Beatriz, Ascanio, muerta como la otra y como la otra adorada. Esto ha sido hasta hoy un secreto entre Dios, ella y yo. Soy débil ante las tentaciones pero mi adoración ha permanecido intacta no obstante las numerosas pasiones impuras que han cruzado por mi vida. Supe colocar mi lumbrera lo bastante alta para que no le alcanzase el cieno terrenal. El hombre se enfangaba en placeres, pero el artista permanecía fiel á sus misteriosos esponsales; y si yo he hecho algo bueno; si la materia inerte, plata ó barro, adquiere bajo mis dedos formas y vida; si he logrado dar belleza al mármol y vida al bronce, es porque mi esplendente visión me ha aconsejado, sostenido, guiado, desde hace veinte años. Pero tal vez hay diferencias entre el poeta y el orfebre, entre el cincelador de ideas y el cincelador de oro. Dante soñaba; yo necesito ver; á él le bastaba el nombre de María; yo necesito el rostro de la Virgen. Sus creaciones se adivinan; las mías pueden ser palpadas. He aquí por qué mi Beatriz no era bastardo, ó era demasiado para mí, escultor. La mujer angélica que brillaba en el cielo de mi vida, había sido bella, sin duda,

sobre todo de corazón; pero no realizaba el tipo ideal de la belleza eterna, y yo me veía obligado á buscar en otras partes; á inventar.

—Maestro—interrumpió Ascanio con tristeza—. soy demasiado joven para tener opinión acerca de tan altas ideas; pero veo que sois uno de esos hombres elegidos, que el mismo Dios guía, y lo que encontráis en vuestro camino, no es la casualidad, sino Dios quien lo pone.

—Lo crees así, ¿verdad? ¿Crees que el ángel terrestre, la realización de mi ensueño ha sido enviado por Dios, y que el otro, el ángel divino, no ha de reprocharme mi abandono? Pues entonces puedo decirte que he encontrado lo que soñaba, y que vive, lo veo, lo toco casi. El modelo de toda belleza, de toda pureza, el tipo de la perfección infinita que resume las aspiraciones de nosotros los artistas, existe y está cerca de mí; puedo admirarlo todos los días. ¡Ah! Nada de lo que he hecho hasta ahora puede compararse con lo que haré. Esa Hebe que te parece tan hermosa y que es, indudablemente, mi obra maestra, no me satisface todavía. Mi sueño, hecho carne, está muy cerca, al lado de su imagen, y me parece cien veces más admirable, pero yo lo reproduciré, no lo dudes; yo labraré mil estatuas que se le parezcan; ya existen en mi imaginación; las veo, las presiento. Y ahora, Ascanio, ¿quieres ver al genio que me inspira? Aún debe de estar cerca de nosotros. Todas las mañanas á la hora en que el sol sale allá arriba, ella luce para mí allá abajo. Mira.

Benvenuto separó las cortinas de la ventana é indicó á su discípulo con un dedo el jardín del palacete. Por una de sus frondosas avenidas, Colomba, con la cabeza inclinada hacia el suelo, paseaba lentamente.

—¿Verdad que es muy hermosa?—dijo Benvenuto extático—. Ni Fidias, ni Miguel Angel han creado nada más puro. A lo sumo, los más antiguos escultores habrán igualado en la pureza de líneas de alguna de sus obras inmortales, las de esa joven y hermosísima cabeza. ¿Verdad que es muy bella?

—¡Sí, muy bella!—dijo Ascanio dejándose caer sentado, sin fuerzas y sin pensamiento.

Hubo una pausa, durante la cual el joven medía la profundidad de su dolor. Luego preguntó á su maestro, temeroso de oír la respuesta:

—Pero, en fin, maestro, ¿sabéis adónde puede arrastraros esa pasión de artista? ¿Qué os proponéis hacer?

—Ascanio—dijo Cellini—, la que se murió no me ha pertenecido ni podía pertenecerme Dios me dejó verla nada más y no me inspiró amor humano hacia ella. ¡Extraña circunstancia que no me ha permitido comprender lo que ella era para mí hasta que se la llevó de este mundo! En mi vida no es más que un recuerdo. Colomba, en cambio, interesa mucho más realmente á mi existencia, á mi corazón; me atrevo á amarla y á pensar que será mía.

—Es hija del preboste de París—dijo Ascanio temblando.

—Aunque fuera hija del rey. Ya sabes lo que puede mi voluntad. Siempre he conseguido todo lo que deseé, y no he deseado nunca tan ardientemente cómo ahora. No sé como lograré mi aspi-

ración; pero de cualquier modo que sea, es preciso que Colomba se case conmigo.

—¡Vuestra mujer! ¡Colomba casada con vos!

—Recurriré al rey; poblaré de estatuas, si quiere, Chambord y el Louvre; llenaré sus mesas de aguamaniles, y candelabros y cuando después de esto le pida por única recompensa la mano de Colomba, no podrá negármela; no merecería ser Francisco I si me la negara. Confío, Ascanio, confío. Iré á verle cuando esté rodeado de toda su corte; dentro de tres días, al emprender el viaje á San Germán; tú vendrás conmigo; le llevaremos el salero de plata que ya está terminado y los dibujos de una puerta para Fontainebleau. Todos admirarán una cosa y otra, porque ambas son muy hermosas, y él la admirará más que nadie. Renovaré todas las semanas esta clase de sorpresas; nunca me he sentido una fecundidad tan grande; este amor ha multiplicado mis facultades y me ha rejuvenecido. Cuando Francisco I vea que sus deseos están realizados apenas concebidos, ya no estará yo en el caso de solicitar, sino en el de exigir; seré grande, seré rico, y el preboste de París, por muy preboste que sea, tendrá que considerarse honrado con mi alianza. Cuando pienso en esto creo que me vuelvo loco ¡Mía! ¡Colomba mía! ¡Abrazame, Ascanio; desde que te lo he confesado todo, tengo más esperanzas; estoy más tranquilo; me parece que has legitimado mi alegría! Algún día comprenderás lo que te acabo de decir. Por ahora me parece que te quiero más desde que has recibido mis confidencias. ¡Abrazame, Ascanio!

—¿Pero no pensáis, maestro, en la posibilidad de que no os ame ella?

—¡Oh, sí! Cállate. Lo he pensado y he sentido envidia de tu juventud y de tu hermosura; pero lo que me has dicho de los previsores designios de Dios me tranquiliza. Ella me espera, seguramente. ¿A quién habría de amar? ¿A algún fatuo de la corte, indigno

de ser amado? Sea quien sea el esposo que la destinan, no le temo; soy tan noble como el que más, y tengo sobre todos la ventaja del genio.

—Dicen que su prometido es el conde de Orbec.

—¿El conde de Orbec? ¡Tanto mejor! Le conozco; es tesorero del rey, y es el que me da el oro y la plata que necesito para mis trabajos, y el sueldo que la bondad del monarca me asigna. ¡El conde de Orbec! un viejo tacaño, ceñudo, consumido; jeso no es nada! ¡no se puede tomar en serio á semejante rival, ni hay gloria ninguna en suplantarle. Créelo, Ascanio: á mí es á quien ama Colomba, no por mí, sino por ella misma; porque yo seré como la demostración de su belleza; porque por mí se verá comprendida, adorada, immortalizada. Además, he dicho que quiero, y siempre que lo digo lo logro. No hay poder humano que resista á la energía de mi pasión. Iré como siempre, rectamente á mi objeto, con la inflexibilidad del destino. Colomba será mía aunque tenga que trastornar todo el reino, y si por casualidad se me pusiera en el camino algún rival, ¡pobre de él! le mataría con esta misma mano con que estrecho la tuya. Pero, perdóname, Ascanio; soy muy egoísta y me olvidaba de que tú también tienes que confiarme un secreto, y que pedirme un servicio. Nunca podré pagarte lo que te debo; pero habla, dime lo que desees; también para tí puedo todo lo que quiero.

—Os equivocáis, maestro; hay cosas que sólo Dios puede hacerlas, y ahora es cuando estoy convencido de que sólo en El debo confiar. Permittedme que calle mi secreto.

Ascanio se fué. En cuanto hubo cerrado la puerta, Cellini corrió la cortinilla verde, y acercando el trípode á la ventana se puso á modelar la estatua de Hebe, inundado su corazón por la alegría presente y la confianza en lo porvenir.

AL PÚBLICO

Ya se habrá dado cuenta el avisado lector del motivo por qué á continuación de **El conde de Montecristo** no va la **La mano del muerto**. No la publicamos porque no es de Dumas. A nadie ha de ser difícil advertirlo.

Tenemos á la vista las dos grandes ediciones del insigne novelista hechas en París y á ellas ajustamos nuestras traducciones. Así como no hemos suprimido nada de sus novelas no queremos atribuirle lo que no salió de su pluma. Si **El conde de Montecristo**, tal como lo pensó su autor, necesitase una continuación la habría escrito el mismo Dumas.

En esto, como en todo, nos atenemos á la obra original del gran narrador publicando la colección completa de sus novelas como no la ha habido hasta ahora en España.

Confiamos en que el público ha de agradecérselo. Tendrá todo Dumas sin cortes, ni añadiduras de ninguna clase.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

Por

Onésimo y Elíseo RECLUS

Traducción y prólogo de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Seis volúmenes en 4.º de compacta lectura, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Hea y Regnault Vierge, etcétera. Numerosos mapas en colores.

Hace tiempo que se notaba, tanto en España como en las repúblicas de América, la falta de una buena **Geografía Universal**, escrita en castellano y publicada en condiciones de baratura que permitiesen su adquisición á todas las clases sociales.

Conocer la tierra que habitamos es uno de los deseos más legítimos y naturales del hombre.

La **Novísima Geografía Universal** de los ilustres hermanos Reclus, es inédita en muchas de sus partes y distinta del original francés, pues sus autores han hecho numerosas modificaciones exigidas por los progresos de la geografía. En ella se dedica una extensión especial á España y á las naciones latinas de América, pueblos para los que se ha escrito la obra. No existe ninguna **Geografía**, ni aun las que anteriormente escribieron en francés los hermanos Reclus, que trate del país ibérico y de los pueblos latinos de América con la extensión que esta **Novísima Geografía Universal**. Además, es la obra geográfica más moderna, completa y *al día* que existe en el mundo. Las modificaciones modernas de América tras la guerra hispano-americana, las de Africa con la caída del Transvaal y Orange; las de Asia con la reciente guerra ruso-japonesa, y otras muchas de menos importancia, están consignadas en la **Novísima Geografía Universal**, última palabra del estudio de la Tierra. Toda la obra está escrita con gran amenidad. No es sólo un libro de consulta, sino un relato vivo y pintoresco, propio de la pluma de los Reclus, tan artistas como sabios.

La **Novísima Geografía Universal** se compone de seis hermosos volúmenes en 4.º de más de 500 páginas, en papel satinado, con unos MIL grabados de artistas franceses tan célebres como Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc., y numerosos mapas en colores.

El orden de los volúmenes es el siguiente: 1.º Europa.—2.º Asia.—3.º Africa.—4.º América del Norte.—5.º América del Centro y del Sur.—6.º América del Sur y Oceanía

La **Novísima Geografía Universal**, á pesar del gran número de páginas de sus volúmenes, hermosa ilustración, etc., se vende al precio de

CUATRO PESETAS EL TOMO

Siendo seis los tomos, resulta que el público podrá obtener por **veinticuatro pesetas toda la**

NOVISIMA GEOGRAFIA UNIVERSAL

Bien puede llamarse esta obra la **Geografía más barata del mundo**. Jamás se ha visto publicación de esta importancia con tan extraordinarias condiciones de economía. Los volúmenes pueden adquirirse, encuadernados lujosamente, con sólo añadir una peseta, ó sea al precio de **CINCO** pesetas tomo.

Colección de Novelas
de La Editorial Española-Americana

Una peseta el volumen encuadernado en pasta.

Adolfo Belot

El Crimen de la calle de la Pas.

Alejandro Dumas

La Reina Topacio.

Alfonso Daudet

Los reyes en el destierro.

Antonio Hope

El rey sustituto.

Antonio Santero

Don Juan de Austria.

A. Conan-Doyle

Un crimen extraño.
La marca de los cuatro.
El perro de Baskeville.
Policia fina.
Triunfos de Sherlock Holmes.
El problema final.
Nuevos triunfos de Holmes.
El Campamento de Napoleón.
La guardia blanca.
El Capitán de La Estrella Polar

E. Bellamy

El año 2000.

E. Consolens

Los martires del honor.

Enrique Mürger

El barrio latino

E. Chatrian

El amigo Fritz.

Eugenio Sué

Venganza africana.

G. Gultton

La conspiración de los millonarios.
A fuerza de millones.

El Regimiento de los hipnotizadores.

Hugo Conway

Confusion.

J. Ortega Manilla

La Cigarra.—Sor Lucilla.

Jorge Sand

La esfinge de oro.

Luis Reybaud

Jerónimo Paturot.

M. W. Thackeray

La feria de las vanidades.

M. Fernández y González

Historia de un hombre, contada por su esqueleto.

Max Nordau

La batalla de los sárganos.

Miss Braddon

La mujer de los dos maridos.
La Baronesa.

Mateo Arnould

El secreto de la sortija.

Octavio Feuillet

El Conde de Camora.

R. Stevenson

El tesoro del pirata.

V. Blasco Ibáñez

Flor de Mayo.
Sónnica la Cortesana.
Arroz y tartana.

Wilkie Collins

La muerte viva.

ASCANIO

Obras publicadas por "La Novela Ilustrada,"

- 1.º RENATA MAUPERIN, por *J. y E. Goncourt*, y ¡CENTINELA ALERTA!, por *Matilde Serao*.
- 2.º LOS MIL Y UN FANTASMAS, por *Alejandro Dumas*.
- 3.º EL HIJO DE LA PARROQUIA, por *Carlos Dickens*.
- 4.º CARMEN, por *Próspero Mérimée*, y CORAZÓN DE TORERO, por *Teófilo Gautier*.
- 5.º HÉRCULES EL ATREVIDO, por *Alejandro Dumas*.
- 6.º EL DOCTOR RAMEAU, por *Jorge Onhet*.
- 7.º HUMO, por *Isán Turguenef*.
- 8.º EL PESCADOR DE ISLANDIA, por *Pierre Loti*.
- 9.º RAFFLES EL ELEGANTE, por *E. W. Hornung*.
10. LA SAVELLI, por *Gilberto Agustín Thierry*.
11. SABLE EN MANO, por *Arturo Conan-Doyle*.
12. AL GALOPE, por *Arturo Conan-Doyle*.
13. AMOR DE ESPAÑOLA, por *J. Barbey d'Aurevilly*.
14. LA BANDERA VERDE, por *Arturo Conan-Doyle*.
15. FUERTE COMO LA MUERTE, por *Guy de Maupassant*.
16. LA DAMA VESTIDA DE BLANCO, por *Wilkie Collins*.
17. CRIMEN Y CASTIGO, por *F. Dostoievsky*.
18. MISS MEFISTÓFELES, por *Fergus Hume*.
19. EL SOMBRERO DEL CURA CIRILO, por *Emilio de Marchi*.
20. TIEMPOS DIFÍCILES, por *Carlos Dickens*.
21. LA TRAGEDIA DEL KOROSKO, por *A. Conan Doyle*.
22. LAS AGUAS DEL MONTE ORIOL, por *Guy de Maupassant*.
23. EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO, por *E. W. Hornung*.
24. VENGANZA GORSA, por *Próspero Mérimée*.
25. PADRE Y FISCAL, por *Francisco Coppée*.
26. EL ILUSTRE CANTASIRENA, por *Gerolamo Rovetta*.
27. EL LADRÓN NOCTURNO, por *E. W. Hornung*.
28. EL ÍDOLO DE LOS OJOS VERDES, por *Perey James Brebner*.
29. EL MILLÓN DE LA HEREDERA, por *Arturo Conan-Doyle*.
30. LOS BUSCADORES DE ORO, por *Enrique Consience*.
31. LA BOHEMIA, por *Enrique Murger*.
32. EL VENDEDOR DE CADÁVERES, por *Arturo Conan-Doyle*.
33. LA PEÑA DEL MUERTO, por *Quiller Couch*.
34. LOS CABALLEROS DEL BOSQUE, por *Jorge Sand*.
35. BUG-JARGAL, por *Victor Hugo*.
36. HAN DE ISLANDIA, por *Victor Hugo*.
37. EL NOVENTA Y TRES, por *Victor Hugo*.
38. EL HOMBRE QUE RÍE, por *Victor Hugo*.
39. LOS TRABAJADORES DEL MAR, por *Victor Hugo*.
40. NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, por *Victor Hugo*.
41. EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL, por *Arturo Conan-Doyle*.
42. LOS MISERABLES (tomo primero), por *Victor Hugo*.
43. LOS MISERABLES (tomo segundo), por *Victor Hugo*.
44. RESURRECCIÓN, por *León Tolstoi*.
45. LA GUERRA Y LA PAZ, por *León Tolstoi*.
46. LA SONATA DE KREÚTZER, por *León Tolstoi*.
47. ANA KARENINE (tomo primero), por *León Tolstoi*.
48. ANA KARENINE (Tomo segundo), por *León Tolstoi*.
49. LOS TRES MOSQUETEROS (tomo primero), por *Alejandro Dumas*.
50. LOS TRES MOSQUETEROS, (tomo segundo), por *Alejandro Dumas*.
51. VEINTE AÑOS DESPUÉS (tomo primero), por *Alejandro Dumas*.
52. VEINTE AÑOS DESPUÉS (tomo segundo), por *Alejandro Dumas*.
53. VEINTE AÑOS DESPUÉS (tomo tercero), por *Alejandro Dumas*.
54. EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (tomo primero), por *Alejandro Dumas*.
55. EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (tomo segundo), por *Alejandro Dumas*.
56. EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (tomo tercero), por *Alejandro Dumas*.
57. EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (tomo cuarto), por *Alejandro Dumas*.
58. EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (tomo quinto), por *Alejandro Dumas*.
59. EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (tomo sexto), por *Alejandro Dumas*.
60. EL CONDE DE MONTECRISTO, por *Alejandro Dumas* (tomo primero).
61. EL CONDE DE MONTECRISTO (tomo segundo), por *Alejandro Dumas*.
62. EL CONDE DE MONTECRISTO (tomo tercero), por *Alejandro Dumas*.
63. EL CONDE DE MONTECRISTO (tomo cuarto), por *Alejandro Dumas*.
64. ASCANIO (tomo segundo), por *Alejandro Dumas*.

LA NOVELA ILUSTRADA

NOVELAS COMPLETAS DE ALEJANDRO DUMAS

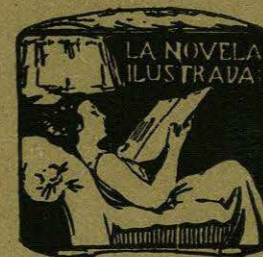
ASCANIO

(AVENTURAS DE BENVENUTO CELLINI)

FOR

ALEJANDRO DUMAS

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

LA NOVELA ILUSTRADA No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

29946